

Historias de un largo caminar



ONP
Oficina de
Normalización
Previsional



ASEDH
Asociación Educativa para el Desarrollo Humano

Un caso de la vida real

Luz Culquicondor

10 años duró la dicha del feliz matrimonio.

Ella era secretaria, él abogado. Por su trabajo, él tuvo que viajar para atender un litigio fuera de Lima. Era urgente. Y parecía que también muy difícil el caso, pues iban tres días y él seguía sin comunicarse con su esposa, cosa que no dejaba de hacer cada vez que viajaba. Preocupada, ella lo empezó a llamar; pero nada, no había respuesta. Cinco días; nada, no había respuesta. Diez días; nada, no había respuesta. Entonces ella decide viajar. Aterrizó en la ciudad y va de frente al hotel donde ella sabía que su esposo se alojaría.

—Buenos días, me pasa con el señor Jaime Flores —
dijo ella en el counter del hotel.

—Buenos días, señora, déjeme ver, porque creo
que ellos acaban de salir —le contestó amablemente el
muchacho que estaba de turno.

—¿Ellos? —le preguntó desconcertada la mujer.

—Sí, el señor Flores y su esposa.

—¿Esposa? La esposa soy yo.

—Señora, disculpe, pero es que yo...

—¡¡Dígame en qué habitación están!! —gritó ella.

—Señora yo no puedo...

—¡¡¡Dime o te agarro de las mechas, mocoso del
demonio!!! —ella estaba fuera de control.

—301.

Entonces ella se dirigió llena de ira y confusión. Miles
de cosas pasaban por su mente en ese momento.

Parece que por efectos del alcohol que ellos habían
bebido se olvidaron de ponerle seguro a la puerta, pues
cuando ella giró la chapa del 301 esta abrió de frente. Los
encontró dormidos y abrazados.

—¡¡Maldito desgraciado!! —fue lo primero que le gritó
al ver la escena.

—Estela, ¡qué haces tú aquí! Por favor, déjame explicarte... esto no es lo que parece —él decía frases entrecortadas por la conmoción en la que estaba.

Estela empezó a llorar, aunque aun así pudo seguir hablando.

—Eres un maldito, yo en casa preocupada por ti y mira, tú divirtiéndote con una perra.

—¡Cuál perra oiga, llevamos más de un año de relación!
—contestó indignada la muchacha que lo acompañaba en la cama.

—¡Oh, Dios, ¡no puedo creer lo que escucho! —Estela se tomó la cara con las dos manos tratando de ocultar su llanto.

—¡Tú, cállate! —le ordenó él a la chica.

El llanto de Estela iba en aumento.

—Por favor, déjame explicarte —le rogaba él a Estela con las manos en posición suplicante.

Estela se armó de coraje, dejó de llorar y les gritó “¡¡malditos, arderán en el infierno!!... y tú, perro desgraciado, olvídate de que volverás a ver a tus hijos”, se dio media vuelta y salió tirando la puerta.

Él tuvo que quedarse un día más porque al día siguiente recién sería la audiencia que definitivamente resolvería el caso que vino a defender.

Mientras que Estela apuraba los trámites referidos a lo que había decidido hacer.

Apenas él llegó a Lima, se dirigió presuroso a la casa que por más de 10 años había sido el hogar de ellos y sus dos hijos de 18 y 19 años.

Ella y sus hijos echaban una última mirada a Lima mientras sentían como el avión empezaba a ganar altura.

Él abrió la puerta con la llave que aún conservaba y encontró la casa vacía. Recorrió todos los ambientes y solo halló abandono y soledad.

Mientras que, en el avión, Estela y sus hijos solo pensaban en que pronto tenían que aprender italiano.